

QUÉ SIGUE SIENDO LA FILOSOFÍA

Juan Padilla

*En honor y agradecimiento a Miguel García-Baró,
que con tanta generosidad mantiene en España
el entusiasmo y el nivel sine quibus non de la filosofía.*

Me temo que no voy a decir nada (o casi nada) nuevo. Si el sentido etimológico de la palabra mantiene su vigencia, «filosofía» es simplemente amor al saber, al conocimiento, y «filosofar» es por lo pronto buscar la verdad. El filósofo, para serlo, no necesita siquiera encontrarla; le basta con preguntar, quizá mejor preguntarse, por ella. No tiene que ser descubridor o inventor. No es menester que sea original. En esto se diferenciaría del artista, el literato, incluso el ensayista. Su dieta no tiene que ser muy rica, variada ni exótica. Le bastan, de vez en cuando, unos magros bocados de realidad. Lo único verdaderamente esencial, que no le puede faltar, es el hambre. Pero vayamos por partes.

Una vez más tenemos que empezar preguntándonos qué es la filosofía, pregunta que se ha hecho ya muchas veces y se seguirá haciendo sin duda en el futuro. Dentro de ciertos límites, no parece que cuestionarse la propia identidad sea síntoma de debilidad ni de desintegración inminente. Si esto es verdad en general, cuánto más no lo será de la filosofía, esa preguntona incorregible, que, por unas razones u otras, ha estado siempre en crisis, en una encrucijada, al borde de algún abismo. Incluso cuando la sociedad ha vivido complacida en sí misma y ajena a toda crisis (algo que, por extraño que parezca, ha ocurrido durante largos períodos del pasado), la filosofía, siempre intempestiva, se ha empeñado en cuestionarse ella y su circunstancia. Hoy estamos tan habituados a vivir en crisis permanente, sobre una superficie fluida y bajo continua amenaza de naufragio, que lo sorprendente, casi sospechoso, es que algo se mantenga. Huelga pues insistir en explicar los motivos de las dificultades y apuros en que sigue inmersa la filosofía.

No son pocos los que, desde dentro y desde fuera de ella, han pronosticado su pronta defunción. Algunos la dan ya por muerta, sin que se sepa bien si la muerte ha sido accidental o por «causas naturales». Me inclino a pensar que, sea cual sea su sin duda delicado estado de salud (achacable quizá en parte a una vida un tanto desordenada), no está aún muerta del todo. Tiene todavía al menos apariencias de vida. Algo de vida social, por ejemplo, conserva. Son no pocas las cosas que en nuestra sociedad pasan por filosofía: facultades, másteres, conferencias, libros... Hay incluso quienes, no sin cierto pudor en los mejores casos, se atreven a llamarse, o dejarse llamar, «filósofos». Y si no la filosofía misma, se cultiva con moderada asiduidad al menos su historia. A ella se

limitan de hecho la mayor parte de los estudios que se publican en las revistas del gremio.

La filosofía tiene una existencia social discreta, pero innegable. Hay «instituciones» filosóficas, necesarias sin duda pero insuficientes, porque pueden ser meros museos o ellas mismas fósiles. La historia de la filosofía por sí sola no garantiza su supervivencia, porque también se hace historia de las sociedades extintas. Para que haya filosofía tiene que haber además... No me queda más remedio que mojarme aquí con una «definición», faena tan ineludible como improbable. La abordaré por medio de sucesivas aproximaciones, todas ellas provisionales. De la filosofía se puede afirmar, en efecto, como del ser según Aristóteles, que «se dice de muchas maneras». Es además, según expresión del mismo Estagirita, una ciencia que es menester buscar, refundar continuamente, porque nunca está dada. De ahí la dificultad de delimitarla. El día que se dé una definición definitiva de ella, la filosofía probablemente estará muerta, porque se habrá convertido en un método cerrado, sin posibilidad de nuevas exploraciones y cuestionamientos.

Empecemos acotando el terreno por contraste con lo que no es filosofía: el mito, la mera elucubración, la creencia, la ciencia o simplemente la sabiduría. Todas estas formas de «pensamiento» tienen algo en común con ella, e históricamente han estado en algún momento vinculadas a ella, pero tienen también algo que las diferencia. El mito versa, como la filosofía, sobre el sentido del mundo y la existencia; sin embargo, se sirve de relatos, no de conceptos. La ciencia, por su parte, utiliza conceptos, pero le es consustancial limitar su ámbito de aplicación, no solo en la superficie que abarca, sino también en su nivel de profundidad. La ciencia no puede ocuparse de todo lo que encuentra ni poner permanentemente en cuestión sus propios supuestos, so pena de no dar un paso adelante. Su éxito se debe, por un lado, a la moderación de su ambición y, por otro lado, al acierto en el uso de los métodos adecuados al caso. Es lo más opuesto en este sentido a la elucubración, que se asemeja a la filosofía en no reconocer demarcaciones, pero a la que le falta el sistematismo y la responsabilidad última. Que la filosofía ha sentido muchas veces la tentación de ser una u otra cosa (mera elucubración o ciencia), y ha caído no pocas en ella, es de sobra conocido. Tampoco le basta, en fin, con ser sabiduría, porque no le basta (aunque tampoco le sobra) con el precipitado de la experiencia, la experiencia de la vida por ejemplo. Además de saber, tiene que dar razón de lo que sabe.

Sin razón, sin *logos*, no hay filosofía. La razón es enlace, tránsito, argumento. Para que haya filosofía no basta, según hemos dicho, con saber, es menester saber en conexión, con justificación, con fundamento. Los conceptos, siempre abstractos y generales, son sin duda necesarios. Con ellos organizamos y esclarecemos las cosas a nuestro alrededor. No tienen nada de arbitrarios y resultan extremadamente útiles y serviciales cuando son función de la realidad. No así cuando se convierten en un fin en sí mismos. La finalidad última de la filosofía no es, no debe ser, la creación de un sistema conceptual, la elaboración de una teoría más o menos perfecta (como la de otras actividades puede ser escribir poemas, levantar edificios o poner en marcha empresas);

su función, su razón de ser, es orientarnos en la vida, para saber, por medio de conceptos y argumentos, a qué atenemos respecto de una realidad problemática, a veces intratable. Una teoría que no permita el tránsito continuo de lo abstracto a lo concreto y de lo concreto a lo abstracto, que no sea un camino de ida y vuelta, podrá ser elucubración, será a lo sumo obra estética, acaso poesía, pero no auténtica filosofía.

Esta estructura circular, omniabarcante y vitalmente sistemática permite que nos adentremos en ella por cualquier sitio. No es que no haya en ella una jerarquía de problemas y muy diversos niveles de importancia. Los hay. Pero como ningún momento descansa definitivamente en sí mismo, sino que remite ineludiblemente a otros, la filosofía es literalmente un no parar, un ir continuamente de un lado para otro: la historia de nunca acabar. Hay ciertamente un núcleo duro, una «filosofía primera» o «metafísica», como se prefiera, pero no tiene por qué venir siempre «después de la física» ni al principio, en el arranque del pensamiento. Sea cual sea el lugar por el que se empiece, tarde o temprano se acaba pasando por todas partes, y todas ellas deben igualmente justificarse. La filosofía, por tanto, tiene que ser teórica y abstracta (no queda más remedio), pero no puede quedarse en la especulación y en la abstracción. Ha de ocuparse de infinidad de problemas particulares (porque nada en principio le es ajeno), pero por su misma naturaleza no puede ser nunca sectorial. Y los fragmentos de verdad que alcanza, las certezas más o menos firmes que obtiene, reclaman siempre de ella conexión. A todo esto hay que añadir otras dos notas esenciales: el radicalismo y la autenticidad.

El radicalismo hace de la filosofía una actividad bastante incómoda, porque, al no admitir vetos ni someterse a convenciones, mete la nariz (que tiene en ella forma de signo de interrogación) en todas partes, con frecuente impertinencia. Claro que el primer incomodado es el mismo filósofo, que se ve obligado a hacer filosofía de la misma filosofía, es decir a preguntarse continuamente qué hace y por qué; en definitiva, a justificarse. La única limitación con la que se encuentra, ya lo hemos apuntado, es la de la razón. Ahora bien, la filosofía se ha pasado buena parte de su larga historia luchando justamente contra esta limitación o, para ser más exacto, tratando de empujarla, de ampliar la idea misma de razón, y consiguiéndolo de tanto en tanto. Con cada nuevo objeto descubierto (la naturaleza, las ideas, la sustancia, el deber, Dios, la conciencia, los fenómenos, la vida), con cada método ensayado (la dialéctica, la lógica, el pensamiento matemático, la inducción, la intuición), se ha ido ensanchando en efecto el ámbito de actuación de la filosofía y la idea misma de la razón, no sin eventuales tropiezos y angostamientos. Por eso, entre otros motivos, es la filosofía inseparable de su historia y de la historia en general.

Si hacemos filosofía es, entre otras cosas, porque se viene haciendo desde hace siglos (en cierto modo por inercia), y la hacemos, sin pretenderlo, desde el nivel y la situación en que se encuentra en el momento actual. Nuestros conceptos, nuestras formas de argumentación y nuestro lenguaje (por no hablar de nuestra sensibilidad y nuestras creencias) son un precipitado de al menos dos mil quinientos años de historia. Podemos por supuesto pensar, hasta cierto punto, contra todo ello, incluso tratar de «destruirlo» o

«desconstruirlo»; pero para hacerlo hemos de apoyarnos en nuestro nivel y nuestra situación (¿dónde si no?). Y solo desde el conocimiento, al menos en filosofía, se puede destruir algo.

Solo aparentemente la tarea constructiva, o de reafirmación de la tradición, es más cómoda y sencilla. Entre los filósofos no hay lugar para los ocupas. El que quiere una casa no puede siquiera heredarla o adquirirla, tiene que edificársela, reconstruirla, redecorarla, recimentarla, redescubrir incluso los caminos por los que se accede a ella. Otra cosa sería vivir de la filosofía, usufructuarla, pero no vivirla o hacerla. Sería (es de hecho) una forma habitual de falsificación. El pensamiento en general, y la filosofía en particular, son falsos, con una forma previa y originaria de falsedad, cuando se usan sin verdadera necesidad, cuando se usan en vano, sin repensarlos, si pensar en serio lo que se dice ni la necesidad **que** hay de decirlo. De una filosofía así, en hueco, apenas puede sostenerse que sus afirmaciones sean verdaderas o falsas. Solo puede decirse de ella lo más devastador que cabe afirmar de cualquier pensamiento: que carece de interés. Incluso para que dos y dos sean cuatro es necesario que alguien tenga necesidad de pensarlo.

En la filosofía caben, por supuesto, como en todo lo humano, formas más o menos plenas. Una de las formas deficientes es la que quiere reducir la filosofía a otra cosa: teología, psicología, sociología o simplemente ciencia. Otra deficiencia habitual es, no ya contentarse con lo fragmentario, con las verdades parciales que fatigosamente se puedan haber ido alcanzando, sino afirmar la voluntad, más aún el derecho a la falta de sistema, a la incongruencia. Pero la más frecuente hoy, y la más grave quizá después de la falsificación de la inautenticidad, es la renuncia a la radicalidad de los problemas, con cualquier pretexto, por ejemplo que son insolubles. Que la resolución de los problemas vitales sea imposible no exime de la urgente necesidad de plantearlos, como la imposibilidad de alcanzar el bien perfecto y la felicidad no exime a nadie de aspirar a ellos: si unas vías se obturan se ensayan otras, en la esperanza siempre de quedarse un poco menos lejos del ideal. La consecuencia de dicha renuncia es de nuevo la letal falta de interés de lo que pasa por filosofía.

Es verdad que los problemas filosóficos requieren una preparación específica e imponen en ocasiones un vocabulario técnico sofisticado y de difícil manejo. Pero, a diferencia de otras disciplinas, la filosofía exige además la traducción de sus operaciones y su lenguaje a los términos de la vida cotidiana. Aunque tiene derecho a usar todo el lenguaje técnico que necesite (no más), no puede perder la conexión con el lenguaje corriente, que es por cierto la matriz de todo lenguaje, incluido el más formalizado y abstracto. En esto se asemeja la filosofía a la religión. Quizá por eso todo el mundo se siente legitimado para opinar, sin formación específica, tanto sobre cuestiones filosóficas como religiosas. Con la política ocurre algo semejante. Y esto no es rebajarlas, sino justamente subrayar su importancia. Por eso en estos tres ámbitos (incluido el religioso) tiene el esoterismo escaso recorrido. Tarde o temprano, la filosofía, la religión y la política tienen que rendir cuentas ante el tribunal de la vida, que, además de implacable, es a su modo sistemático.

No es verdad que las doctrinas filosóficas sean cuestión de gusto y no puedan verificarse o «falsarse». Las filosofías se verifican (o «falsan») viviéndolas. Y esto es posible justamente porque la vida misma es un sistema de conexiones. Nada en ella permanece absolutamente aislado y sin consecuencias. Las ideas éticas, estéticas, metafísicas, si no son puros fantasmas exangües, están vinculadas orgánicamente por una red más o menos tupida y sutil con la vida del que las piensa, que siempre es una, por muy incoherente y descoyuntada que esté. Las ideas que no se pueden comprobar directamente pueden verificarse muchas veces por sus conexiones y consecuencias. Dos ideas cuyas consecuencias para la vida fueran en todos los sentidos idénticas, no serían dos ideas. Es la parte de verdad que tiene el pragmatismo.

Esto supone que la filosofía no es primariamente una doctrina, sino una forma de vida; y en consecuencia, su modo de transmisión normal es el contagio por convivencia. Así fue en sus orígenes griegos. La separación entre filosofía y vida ha venido mucho después, inducida quizá en parte por el espacio ocupado por la religión y los derroteros de la ciencia. El filósofo no hace filosofía simplemente porque le guste, le convenga o se lo pidan. Para hacerla (lo que no significa inventarla de nuevas) es menester en primer lugar, como hemos dicho, necesitarla. La necesidad no se improvisa ni se fabrica: brota del genuino desengaño de las opiniones e interpretaciones recibidas. Supuesta dicha necesidad, hace falta además cierta dosis de confianza en las posibilidades de la razón y voluntad de explorarlas. Hay que creer en la razón y en la verdad, en la que aún no se posee. Tanto el exceso de fe como de descreencia son incompatibles con la filosofía. Lo que el filósofo necesita saber es, en definitiva, a qué atenerse, qué hacer, cómo orientarse en su vida, aunque se ocupe de abstrusas cuestiones de filosofía de la lógica. La verdad es siempre una cuestión práctica. La verdad que a última hora importa no es la de tal o cual enunciado, por grave y trascendente que sea, la cuestión decisiva no es saber si mi pensamiento responde o no a la realidad, sino si la vida del filósofo (y con ella su pensamiento) coinciden con la realidad. Es lo que Ortega llamaba la verdad en sentido originario: «la coincidencia del hombre consigo mismo». Y como la realidad, y la misma vida del filósofo, están en continuo cambio, dicha adecuación debe incesantemente actualizarse, verificarse. No porque la verdad alcanzada hoy deje de tener mañana valor de verdad (ese es el error del relativismo), sino porque, al cambiar la realidad, la verdad pierde por así decir vigencia.

La filosofía es, en efecto, cosa seria. Y aunque haya en ella también un aspecto lúdico, no tiene nada de juego irresponsable. Es verdad que la mirada del auténtico filósofo tiene siempre algo de fresca infantil y de osadía adolescente, porque ve siempre el mundo con extrañeza y asombro, y no termina de acomodarse en las convenciones y los tópicos. Pero la filosofía, si se puede decir así, es cosa de adultos. La precocidad filosófica ha sido siempre en la historia la excepción.

La íntima relación entre filosofía y vida hace que donde esta última falta no pueda estar presente la primera. El filósofo es, casi por oficio, una persona reflexiva, con frecuencia ensimismada; pero tiene que ser igualmente por exigencia de su profesión un hombre comunicativo: *logos* es razón y es palabra. La filosofía, siendo personal, se hace en

diálogo. En cambio, donde acaba la comunicación interpersonal y comienza lo puramente social (que es por esencia lo desvitalizado) la filosofía empieza a desfigurarse o desvanecerse. Por eso todas las manifestaciones sociales de la filosofía son modos deficientes, en alguna medida inauténticas.

Cuando el pensamiento queda fijado por escrito, o registrado de cualquier otro modo, ya se presta inevitablemente a un uso extrafilosófico, se convierte en objeto de consumo, se deja utilizar y manipular, no puede impedir los abusos. Las mismas ideas, a fuerza de rodar de mano en mano, se van desdibujando y se convierten en tópicos. Es entonces, sin duda, cuando una idea ha adquirido su máxima eficacia, porque, olvidados su autor y su contexto, suena a lugar común, a verdad consabida y de Perogrullo, mientras que en un pasado acaso no muy lejano a nadie se le hubiera ocurrido. Pero cuando las ideas (si son afortunadas) llegan a este estadio, cuando se convierten en realidades sociales, han perdido ya su evidencia primera y su transparencia filosófica.

No, la filosofía no ha sido nunca, ni parece que pueda ser, cosa de muchos. No porque la masa, la aglomeración, siente mal en general al pensamiento. Tampoco porque requiera una rara capacidad creadora o una exigente formación técnica. Dije antes que el filósofo no tiene por qué ser original y debe comparecer, por otro lado, ante el tribunal de la vida; lo que significa que debe hacerse entender de algún modo por todos; si es necesario, traduciéndose a sí mismo. La razón fundamental es que la mayor parte de la gente no necesita la filosofía, ni la echa de menos ni sabe qué hacer con ella.

Pero como, en tanto que realidad social, sigue estando ahí, y son muchos los que sin saber para qué sirve se tropiezan con ella, es frecuente su utilización para fines espurios. Como producto social, está sometida al mismo consumismo frenético que el resto de artículos del mercado del «ocio» y la «cultura». Se consume «filosofía», en formato de libros, revistas o conferencias, como se consumen aparatos electrónicos: sin expectativa de que duren mucho. Casi se diría que se produce ya, en vista de ello, con obsolescencia programada. Nadie espera ni desea que las cosas (a menudo tampoco las personas) duren indefinidamente, no digamos que sean para siempre. Por eso se lee mucho (acaso exagero), pero apenas se relee: releer supone quedarse rezagado.

Con todo esto, como se ve, no estoy definiendo propiamente qué es la filosofía. Tampoco recuerdo haber prometido hacerlo. Tengo la sospecha de que, más allá de unos cuantos rasgos genéricos, ninguno de los cuales puede considerarse probablemente universal (por lo cual toda definición rigurosa estaría condenada al fracaso), lo que da unidad a la filosofía es, como decía Wittgenstein, un «aire de familia» o, lo que viene a ser lo mismo (dado que la familia es cuestión de genealogía), su continuidad histórica. Los filósofos rara vez se ponen de acuerdo, pero en general se entienden. Se reconocen entre ellos. Aunque sea imposible señalar lo que los une, un rasgo común a todos, hay un no sé qué que los delata, un estilo, una intención, el mismo hecho quizá de no poder definirse. No ocurre solo con la filosofía. Tampoco es fácil señalar un rasgo común a todas las religiones, que una por ejemplo el animismo, el budismo y el islam. Y sin embargo...

Los filósofos están unidos por su ascendencia, por pertenecer si se quiere a la misma tradición familiar, por tener una misma historia. Independientemente de lo que cada uno sea, cuando cuenta cómo ha llegado a serlo cuenta la misma historia, que es en definitiva la historia de la filosofía. Cada uno la cuenta desde luego de un modo, pero es en intención la misma historia. Aunque no exista una *filosofía perennis*, hay desde luego problemas permanentes. Por eso la historia de la filosofía produce a menudo la impresión de un desesperante *piétinement sur place*. Pero es una impresión falsa. Apenas hay una célula del cuerpo filosófico actual que coincida exactamente con las del *corpus* de la filosofía clásica. Y sin embargo nuestra vida filosófica es indudablemente continuación de aquella, es la misma vida, la misma historia.

Para reconocer esta unidad no es necesario encontrar constantes en ella más allá de la memoria. Si esto se puede decir de cualquier unidad vital, al menos humana, cuánto más de la filosofía, que se ha pasado la mayor parte de su vida histórica haciéndose cuestión de sí misma, de su propia identidad. Si la filosofía sigue siendo hoy, a pesar de todo, la que era, no será desde luego porque siga siendo lo mismo (eso ocurrirá acaso cuando esté realmente muerta), sino porque siga siendo ella misma y no haya perdido la memoria. Aunque de su vigor en la actualidad haya motivos para dudar, mientras mantenga la memoria habrá esperanza.